



El Eco de Cartagena

Año XXXI.

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9038

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—Provincias.—Tres meses, 7'50 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirigirá al Administrador.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31, y en Londres, Agencia General Española, 6, Great Winchester, Street

LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, CALLE MAYOR 94.

Anisado de Naranja y Aguardiente Catalán «Flor de anís» MARCA «FARELL.»

Altamente recomendables para la bebida por sus virtudes digestivas y sabor agradable.

De venta en las principales botillerías, cafés, colmados y confiterías, y en la misma fábrica, Carmen 54, Barcelona.

Representante exclusivo para las provincias de Albacete y Murcia, D. Fernando Giménez de Berenguer, Lizana 8, pral., Cartagena.

SABADO 12 DE DICIEMBRE DE 1891.

SILUETA

Semeja la blanca capucha que cubre su cabeza, allá en el fondo del claustro, batientes alas de temerosa avecilla que huyendo de la tormenta busca un refugio en la profunda gruta que un día abrió la Naturaleza en el fondo de escarpada roca.

Deslizándose sin que apenas se escuche el leve rumor de sus pasos al atravesar tenebrosa galería mal alumbrada por mortecina lámpara que languidece, á modo de ángel protector apareciéndose entre las tinieblas de la noche al doliente que gime en el lecho del dolor.

Reflejado en el sereno rostro su amor al prójimo; su compasión hacia el que sufre, solícita y complaciente trata de mitigar con sus frases de consuelo las penas que nos afligen, acallando quizás las suyas, enormes porque desprovista de todo egoísta sentimiento, antes que para sí propia vive para sus semejantes.

Si el que en el lecho padece, exacerbado por el dolor la escarrece, con deliciosa complacencia lleva la calma á su exaltada mente y á las mezquinas persecuciones responde siempre con inagotable bondad.

Ángel de caridad, prefiere la lucha con el dolor á los fugaces placeres de la vida y quien sabe si profundamente herido su corazón por ignorada decepción que encierra en lo más recóndito del pecho, trata de aminorar sus males aliviando los agenos, engrandeciéndose en el sacrificio y en la abnegación al hacer más grande su dolor.

La inocente criatura que al venir al mundo, sola y abandonada se encuentra, en sus brazos halla el maternal arrullo y el cariño de que le priva la inhumana hembra que la tuvo en sus entrañas.

El anciano desvalido, en su mano encuentra seguro apoyo para dar con firmeza los pasos postreros en la espinosa senda de la vida, con sus consuelos un lenitivo á su infortunio y con su caridad la tranquila resignación para que al sorprenderle la muerte, lejos de expresar su rostro espanto y desesperación, brille en sus ojos augusta mirada de gozo, en tanto en sus labios aparece so rrisa de satisfacción.

Con la resolución del valeroso soldado que cumple un sagrado e ineludible deber, manteniéndose en su puesto, pronta á acudir en auxilio

del triste y en socorro de la desgracia. El desventurado que al acercarse á ella teme oír sus reproches, encuentra dulces palabras de consuelo con las que penetrando hasta el fondo misterioso del corazón humano, logra la calma y el bienestar para aquel á quien socorre, que admirando el heroísmo de su resolución, con nada podría pagar en la vida los bienes que de sus manos recibe, ni la delicadeza y humildad con que á él se dirige gozosa por devolver la fortaleza al cuerpo, la salud al debilitado espíritu.

Prescindiendo de sus devociones, olvidando las pequeñeces mundanales, persuadida de la grandeza de su misión, junto al lecho del dolor no es la religiosa, es el ángel de bondad creado por secreto designio de la Providencia, para que en los amargos trances de la vida encuentre el mortal palabras de compasión, melancólicas frases llenas de dulzura, abnegación sublime y suprema bondad, cualidades resumidas todas en una sola persona que todo el mundo estima y admira: «La hermana de la caridad» que en cambio de todos sus esfuerzos en bien del prójimo, acaricia grata esperanza que acaso en su fervor cree observar en el lejano porvenir, representada á sus ojos por la azulada llama de lánguida lucecilla que mira brillar en el templo alumbrando á una imagen de Jesús, cuando postrada de hinojos murmurando en voz baja mística oración, eleva su mente al cielo.

DIONISIO MORQUECHO.

ECOS DE MADRID.

11 de Diciembre de 1891.

Dice el refrán que las palabras son como las cerezas. En vista de lo que ocurre podríamos nosotros añadir que las desdichas y las catástrofes son como las palabras á que alude el refrán. Hasta habría motivo para pensar en el contagio. Ocurre un descarrilamiento ó un choque y en pocos días se repiten estas desventuras. Se le antoja á un desdichado levantarse la tapa de los sesos ó arrojarse por el viaducto; durante algunos días no registra la prensa más que suicidios y eso es lo que acontece esta semana con los atropellos.

Una niñera atravesaba una de las calles más céntricas de Madrid con una preciosa niña de 20 meses en los brazos; iría distraída, tal vez acabaría de escuchar el requiebro de algún buen mozo y por mirarle agradecida, no reparó que un ómnibus iba á estropearla por completo

y á arrebatár la vida al angelito que llevaba en los brazos.

Este suceso, que ha consternado á una respetable familia de Madrid y que como no podía menos de suceder ha entristecido é indignado á cuantas personas lo han sabido, ha sido el punto de partida para otra colección de atropellos, de los que han sido víctimas niños, mujeres, ancianos, ¡qué sé yo!

Llevamos cinco ó seis días en que se registran dos ó tres accidentes de este género.

En todas las ciudades donde hay policía urbana se procura que los cocheros y conductores de carruajes obedezcan las ordenanzas vigentes; porque en Madrid hay ordenanzas, que han sido escritas con mucha prolijidad y acierto é impresas con letra muy clara, pero como si no existieran.

Los cocheros arrean y pensando que los que andan á pie tendrán buen cuidado de librarse de sus atropellos, no se cuidan para nada de los miserables transeúntes. Solo un auriga se negó la otra tarde á ir de prisa; encargo que le hicieron dos jóvenes más iluminados de lo regular, que iban en el vehículo y esto le costó caro porque la emprendieron á palos con él los parroquianos y en compañía de uno de ellos tuvo que ir á la casa de socorro.

Lo general es que coches, ómnibus, tranvías, carros, todo lo que rueda por las calles de Madrid, circulan sin que los encargados de dirigir estos medios de locomoción se cuiden para nada de los desdichados que no tienen más remedio que andar á pie.

Si de las calles donde acaecen estas desventuras, nos dirigimos á los teatros, el espectáculo que nos ofrecen, no anunciado en los carteles, no es menos lamentable.

La otra noche hubo una verdadera asonada en el Teatro Real. Un tenor dejó mucho que desear al desempeñar su papel en la ópera «Los Hugonotes.» El público le silbó, el artista tuvo que retirarse de la escena y el director de la orquesta que era el insigne Mancinelli, para no dejar mal á la tiple y sin duda para congratularse con la empresa, cuando se retiró el tenor, sin abandonar la batuta continuó actuando de «Raoul.»

Los bailes de máscaras que ya han dado principio han tenido este año en el teatro de la Alhambra un prólogo muy parecido al «Rosario de la Auróra.»

En los primeros momentos se indicó que la sociedad que había dado el escándalo era la nominada «El Mochuelo,» pero después se ha visto que los que tal indicaron lo que hicieron fue «echar el mochuelo» á esta sociedad. Ello es lo cierto que dos caballeros comenzaron á disputar á bofetada limpia, que entre los circunstantes unos tomaron parte en favor de un combatiente y otros en el de otro, que los que ocupaban los paños, sin duda para apaciguar á los guerreros, comenzaron á arrojarles el néctar, cuya entrada en Francia ha quedado limitada recientemente, que algunas de las damas se desmayaron, que otras tomaron parte en la cachetina y que aquello fue un juicio final

porque para esto faltó juicio pero si una verdadera morienda de negros.

Las rifias en la vía pública han menudeado como de costumbre y entre las víctimas de esta semana podemos contar á un joven que por salir á la defensa de un anciano á quien insultaba otro, perdió la vida en la contienda.

Por fortuna y para que podamos creer que vivimos en un país culto de cuando en cuando nos proporcionan las letras y las artes, ocasiones de olvidar las expansiones de la brutalidad que tan tristes sombras producen en torno nuestro.

En San Francisco el Grande se cantó el martes último, con motivo de la festividad de la Purísima Concepcion una notable misa del maestro Mancinelli.

Numeroso y escogido público asistió á esta solemnidad á la vez religiosa y artística.

Varios literatos y actores han obsequiado con un banquete al joven y distinguido poeta catalán D. Angel Guimerá, autor de la tragedia «Mar y cielo» que con tanto éxito se está representando en el teatro Español.

En esta amena reunión se leyeron cartas y poesías en catalán y castellano, improvisando Manuel del Palacio un soneto con pies forzados. Los pies los puso Echeagaray, logrando el veterano poeta convertirlos en alas gracias á su inspiración y á su maestría.

Buena falta hacen estas inspiraciones para borrar las que han servido de comienzo á esta carta.

JULIO NOMBELA.

VARIEDADES

Y LUEGO DICEN QUE SI LOS LACEROS...

(COLABORACION INÉDITA.)

Si, ya sé que ese epigrafe es muy largo, pero más larga es la cola que traen los perros (entre todos, se entiende, y sumando sus colas, unas tras otras), por lo cual, bien podemos los escritores usar títulos largos, si no queremos ser menos que los perros... «en este desgraciado país.»

¿Desgraciado he dicho? Gracioso debiera decir; porque si algo tiene gracia en este mundo subllunar, es el país que acepta por capital la villa del Bosch y del madroño (como ya tuve el honor de decir cuando el chico de las de Fusteguerras fue alcalde «la otra vez») y que un día nos dice á los que «ponemos cosas en los papeles»: «¡Guerra á la raza canina!» para decirnos al día siguiente: «Guerra á la raza antiperruna!»

¿En qué quedamos? ¿A quién combatimos? ¿A los canes que amenazan devorarnos, ó á los que amenazan devorar á los canes? «¡Mueran los perros!» se nos mandaba decir seis meses há. «¡Mueran los laceros!» se nos mandaba decir hoy.

Y aquí tienen ustedes á un cronista que no sabe contra quien, emprendería, si contra los laceros que amenazan cruel y despiadadamente los pescozuelos de los perros, ó con-

tra los perros que amenazan despiadada y cruelmente las pantorrillas de los transeúntes.

Yo que aunque no me esté bien el decirlo, soy transeúnte de nacimiento antes que perro de profesión, hice á entradas del verano una de éstas que llaman «campaña periodística» contra el esplendor y florecimiento á que había llegado en Madrid la autonomía perruna.

El grado máximo de ese florecimiento y esplendor lo marcaron unos mastines del general P***, que después de una larga serie «de mordiscos, dentelladas, rabia, hidrofobia; é lo al de esta guisa...» como diría el marqués de Villena, con que otros muchos congéneres suyos (no del marqués, sino de los perros) tratan alarmado á Madrid entero, se ofrecieron en medio de una calle el regalado festín de un muchacho de trece años; así al natural, sin tomarse siquiera el trabajo de preguntar á Angel Muro:—¿Con qué salsa se come la carne de muchacho?

La pública alarma me obligó entonces á escribir cosas del Dalmau siguiente:

«No tengo el honor de conocer á los señores mastines del general P*** (muy perros suyos y de mi mayor respeto) pero dudo mucho que excedan en talla física moral é intelectual, á otros dos señores alanos que momentos antes de ponerme á escribir las presentes líneas, he visto pasar por mi calle.

Ignoro si éstos pertenecen también á algún general, ó si venían como los del general Pando, de acreditar su dignidad profesional devorando á un niño... Lo que sí es que estaban perfectamente dispuestos á devorarlo; ambos perros venían sin cadena y sin bozal.

El bozal y la cadena se reservan en estos tiempos para los periodistas.

Si al menos se nos prescribiera el empleo de estas utilísimas trabas, de estas prudentísimas limitaciones, de estas convenientísimas medidas de precaución, en las nunca bien ponderadas «ordenanzas Municipales...» otro gallo nos cantara entonces á los «hijos de nadie» (como llamó D. Cándido Nocedal á los periodistas) y «padres de todos» (como los llamo yo.)

La autonomía periodística no tendría entonces nada que envidiar á la autonomía perruna. No digo que nosotros nos lanzáramos á devorar niños; pero, vamos, alguna que otra niñera, ya caería.

Entre tanto, tascamos el freno y contemplamos con envidia la libertad, mejor dicho, los privilegios de que disfruta el «príncipe perro,» como dijo Laboulaye.

«Mientras el proletario infeliz y el burgués se disputan el encarecimiento del terror, el aristocrático mastín y el opulento alano la tienen á su disposición tierna, fresca, sana; jugosa... gratuita...»

«Mientras yo seis meses há con otras muchas cosas que me costaron el éxito, de mis declamaciones fue tan cumplido, que ahora tengo que declamar contra los pagguadores de los perros ilegales.—¿Cuándo escribiré un artículo contra esos bribones de laceros, que preguntan